



## Bicentenarios. Fiestas y conmemoraciones para repensar las identidades

por MÓNICA LACARRIEU Doctora en Antropología, investigadora CONICET/UBA

**“... NO SÉ SI ES UNA FIESTA, LLAMARLA FIESTA..., ME PARECE QUE ES UNA BUENA CONMEMORACIÓN DE LOS 200 AÑOS, FIESTA, NO SÉ... ESTÁ BIEN EL FESTEJO (...) SI FESTEJAMOS NUESTRO CUMPLEAÑOS, POR QUÉ NO VAMOS A FESTEJAR EL CUMPLEAÑOS DE DONDE NOSOTROS ESTAMOS VIVIENDO QUE ES NUESTRO LUGAR...”, (DE UNA DE LAS VOCES ESCUCHADAS EN EL PASEO DEL BICENTENARIO DE BUENOS AIRES).**

Diversos países de América latina cumplieron sus respectivos Bicentenarios entre 2009 y 2011. Las celebraciones de los 200 años de los procesos de independencia del régimen colonial español comenzaron en 2009 en Ecuador y Bolivia, siguieron en 2010 por Venezuela, la Argentina, Colombia, México y Chile, para finalmente concluir en 2011 con Uruguay, Paraguay y El Salvador. Dichas conmemoraciones, aunque con diferencias, tuvieron por finalidad retomar el pasado en el presente en pos de reavivar ejercicios de memoria, sea para relegitimar los relatos hegemónicos sea para desplazarlos y sustituirlos por otros, o bien para disentir y debatirlos desde proyectos diferentes.

Los Bicentenarios latinoamericanos llegaron a nuestras sociedades bajo una representación homogénea que, obviamente, fue encontrando sutilezas según los proyectos nacionales. Fue en el terreno de la puesta en escena donde surgieron las ambivalencias. Un interrogante atravesó a la mayoría de los países: ¿cómo llevarlos a cabo? Si bien la representación patriótica fue parte del modo en que debían evocarse, en la práctica algunos de los Bicentenarios latinoamericanos se ubicaron más allá de este “deber ser”. La duda entre producir eventos de carácter solemne o de tenor celebratorio atravesó a los organizadores y a los participantes. En este sentido, es posible remarcar algunas cuestiones: 1) los Bicentenarios se convocaron como ciclos de celebraciones; 2) sin embargo, debían contribuir a diluir el sentido festivo, para convertirse necesariamente en acontecimientos conmemorativos; 3) la posible intención de festejar parecía banal, poco densa y escasamente vinculable al carácter solemne con que suelen caracterizarse los eventos patrios. Es así que la cuestión se centró en la manera de experimentarlos.

Mirado desde ese pasado independentista, los diferentes sectores involucrados con aquel momento histórico no se hubieran preguntado por qué festejar –de hecho había un motivo de relevancia para hacerlo y por ello, en la Buenos Aires de los años posteriores a 1810 se crearon las “fiestas mayas”–. No obstante, para los organizadores, parecía inadmisibles pensar que este presente pudiera dar lugar a espacios y tiempos de fiesta, salvo que se hiciera hasta con cierta culpa, cuando la densidad identitaria con que se construyó a lo largo de los 200 años incitó y aún convocó al recogimiento y la solemnidad. En ese recorrido, festejar quedó como el ámbito bacanal e irreflexivo de la realidad, mientras conmemorar se instituyó como el ejercicio reflexivo sobre el pasado.

**BUENOS AIRES: UNA FIESTA QUE FUE SORPRESA** ¿Fiesta o conmemoración? ¿O se trató de un festejo asimilable a cualquier otro que desarrollamos en nuestra vida cotidiana? Ni una “fiesta escolar”, ni un festival, pero sí una (o múltiples y diversas) fiesta(s) que, aunque en aparente contradicción con el carácter “antifestivo” de nuestra sociedad, se convirtió en estrategia colectiva de reunión entre todos.

La fiesta fue el formato privilegiado que adoptó el Bicentenario y llegó a su punto culminante en la medianoche del 24 de mayo. En el inicio del 25 hubo dos formas de festejo. La primera, desarrollada en el escenario principal en la Avenida 9 de Julio se destacó como celebratoria, con mayor referencia al presente; mientras la segunda, la Marcha de los Cabildos realizada en la Plaza de Mayo, se evidenció como conmemorativa, en la que se revivió el pasado y en la que la tradición fue una pieza clave de definición.

La imagen antifestiva instalada en nuestra sociedad se vincula a cierta invención antropológica de la fiesta: vista como rural, propia de culturas tradicionales, desligada de la dimensión civilizatoria de lo urbano y siempre observada como espacio de integración y exaltación colectiva. El contexto de un megaevento urbano como el Bicentenario resultaba poco favorable para esa perspectiva. Sin embargo, en esta oportunidad hubo “permiso para hacer fiesta” o formar parte de ella. Así, quienes participaron dieron al Bicentenario un giro hacia allí.

Fiesta de la patria, fiesta histórica y fiesta popular fueron tres significados fuertes en los que la fiesta fue el concepto nodal. Una especie de “cultura pública consensuada” operó más allá de los productores del evento, entre la gente, atravesándola sin distinciones de clases sociales, género, edad o diferencias culturales.

La fiesta se manifestó sobre todo en discurso, pero también a través de prácticas sociales vinculadas tanto a festejos de orden público como privado: el baile, la música, el canto, la alegría, la entonación del cumpleaños feliz, fueron algunos de sus síntomas. Un asistente oriundo de La Rioja señaló: “... no es una fiesta a medida de cada uno, es una fiesta popular, de dimensiones extraordinarias. Así que hay un pueblo activo, un pueblo que quiere ser participe... somos parte de la cultura popular fundamentalmente...”. La valoración dada por este sujeto expresó el problema de cómo definir y percibir el Bicentenario. Inicialmente, la dimensión festiva iba a acotarse a ciertos espacios, microeventos, situaciones, pero no tomaría cuenta de todo el acontecimiento. No obstante ello, se preveían momentos en los que sería clave en la lógica de lo exhibible: por ejemplo, con relación a ciertos hechos históricos en los que fuera necesario visibilizar la alegría o bien en los cierres de los desfiles, como en el de la Integración del 23 de mayo. Este desfile fue el paradigma de una arena de disputas en torno a la idea de fiesta en positivo o en negativo. Los organizadores esperaban que el

baile asociado a lo festivo se desarrollara sobre el cierre del desfile en el Obelisco del mismo modo en que se suponía que la carroza relativa al carnaval provocara la fiesta en el contexto del acto artístico del grupo Fuerza Bruta. Sin embargo, ante el desfile de la Integración –el entusiasmo y la euforia provocados por el color, la alegría, el baile y la música–, la misma gente interpelaba a los protagonistas con más baile; es decir, con más fiesta.

El sentido de unidad y solidaridad fue una pieza clave que encaja en el concepto de lo festivo. En el Bicentenario desplegado en la ciudad, si bien la fiesta se constituyó como parte de una sociabilidad intensa –uno de sus aspectos intrínsecos–, por otro lado, puso en escena los múltiples y ambiguos sentidos de lo popular en la urbe. A distancia de la festividad tradicional (aunque sin desdeñarla), acompañó los espacios de lo cotidiano de los sujetos que, obviamente, no podían ser programados desde la producción del evento, pero que sí pudieron ser vividos. El Bicentenario fue percibido como una fiesta popular que contuvo otros festejos tradicionales. Si bien mostrados en pequeños fragmentos de sí mismos –La Chaya, el Chamamé, el Carnaval de Gualeguaychú–, tendieron a la visibilización del carácter colectivo y extracotidiano de algunos de sus componentes como danzas y músicas, entre otros. La tradición festiva de cada provincia pudo ser incluida en la Fiesta del Bicentenario, discutiendo, en ese sentido, con la idea de lo popular como lo excluido. Si bien dichas fiestas fortalecieron el estereotipo de la fiesta como no urbana, al mismo tiempo se entremezclaron con las nacionales, e incluso con las de la sociedad contemporánea, en este caso reflejada desde el mismo Bicentenario.

#### **FIESTA DE LA PATRIA, FIESTA HISTÓRICA Y FIESTA POPULAR FUERON TRES SIGNIFICADOS FUERTES EN LOS QUE LA FIESTA FUE EL CONCEPTO NODAL. UNA ESPECIE DE “CULTURA PÚBLICA CONSENSUADA” OPERÓ MÁS ALLÁ DE LOS PRODUCTORES DEL EVENTO, ENTRE LA GENTE.**

La fiesta fue producida socialmente, incorporando memorias, relatos y, sobre todo, vehiculizando mensajes. Invirtiendo su sentido originario, se apoyó en la rutina de la vida cotidiana y se relacionó con eufemismos que permitieron compartir el símbolo Bicentenario. Finalmente, fue participación y mediación que puso en escena el diálogo entre culturas, hoy crucial. También ofreció la posibilidad de “esclarecer lo cotidiano” dejando ver otros problemas que exceden el Bicentenario.

**LATINOAMÉRICA: MENOS FIESTA, MÁS CONMEMORACIÓN E IDENTIDAD** Una mujer uruguaya nos dijo: “... es una fiesta latinoamericana, acá tenemos que estar todos, porque es muy movido, más bien como para levantar el ánimo... es una fiesta hermosa”. Su parecer resaltó la relevancia de este festejo frente a la difusión de las alicaidas celebraciones y conmemoraciones de otros países. De hecho, el Paseo del Bicentenario en Buenos Aires se convirtió en el modelo a seguir para aquellos que aún no habían atravesado el suyo. Y los que ya lo habían pasado, mostraron una cierta ambigüedad fundada en el contraste con los Centenarios, caracterizados por su monumentalidad. Así, por ejemplo, en México se produjo un ciclo de actividades oficiales con un débil sentido festivo: la centralidad del desfile del Bicentenario construido sobre la base de hitos patrióticos (con excepción de la celebración de los muertos) fue clave y acompañado por conciertos y espectáculos que se transformaron en actos satélites. El Bicentenario mexicano se constituyó sobre diferentes eventos, con escaso hilo conductor y fuerte carácter conmemorativo-patriótico.

Por razones históricas, sociales y políticas, los Bicentenarios de otros países fueron desplegados en tono conmemorativo e identitario. En el caso de Bolivia, se hizo evidente que las celebraciones alternativas (como lo fue el contrafestejo de los pueblos originarios en la Plaza de los Dos Congresos en Buenos Aires) o las disidentes (materializadas en Colombia con la llegada de indígenas a la Plaza de San Victorino o la congregación de los afrodescendientes en el Parque Nacional) se constituyeron en el eje que atravesó el acontecimiento, mediante la idea y el debate sobre el “Otro Bicentenario”. Según el sociólogo Yuri Torres, el Bicentenario boliviano contribuyó a profundizar un debate, ya existente en el contexto político, entre la épica de la historia oficial y los problemas de la interculturalidad contemporánea entre criollos, mestizos e indígenas.

Posiblemente, fue en Colombia donde el Bicentenario se asemejó más al argentino, pero bajo la conflictividad del escenario local. Aunque contó con hechos conmemorativos por excelencia, como la apertura de la Urna del Centenario, donde los antiguos pobladores habían dejado sus deseos para 2010, y la reafirmación del patrimonio histórico en La Candelaria de Bogotá, también fue escenario de fiestas en los espacios públicos. El 20 de julio, día de la Independencia, se desarrollaron desfiles (particularmente el de la fuerza pública), si bien lo que más se acercó a la dimensión festiva fue el evento multimedia donde se hicieron proyecciones en 3D, video mapping, fuegos artificiales y un gran espectáculo con canciones de Carlos Vives y Juanes. Los recursos tecnológicos, así como las estrategias espectaculares fueron masivas como en Buenos Aires. Sin embargo, los temas instalados, por ejemplo en el mapping, tuvieron un carácter festivo popular –el carnaval de Barranquilla fue una de las imágenes mostradas– antes que histórico-político como en el Cabildo de Buenos Aires. No obstante, este despliegue no alcanzó para una apropiación social. El ensayista Andrés Caicedo remarcó: “¿Será que no estamos para celebraciones?”. Interrogante que encuentra sentido en la visión que asociada a la memoria fue crucial para no volver a un pasado remoto, sino a uno cercano y a un presente complejo que ni la idea ni la práctica de la fiesta pudieron conjurar.

#### **Y LOS [PAÍSES] QUE YA LO HABÍAN PASADO, MOSTRARON UNA CIERTA AMBIGÜEDAD FUNDADA EN EL CONTRASTE CON LOS CENTENARIOS, CARACTERIZADOS POR SU MONUMENTALIDAD.**

**ALGUNAS IDEAS PARA CONCLUIR** Los Bicentenarios latinoamericanos se pensaron como no monumentales, como megaeventos efímeros, cargados de emotividad conmemorativa, llenos de fuegos de artificio. Sin embargo, en la mayoría de los casos estuvieron marcados por una relativa desorientación de quienes los organizaron acerca de si celebrar, conmemorar o festejar.

La idea de las “fiestas populares”, definidas por tradiciones continuas, no parecía encajar en el desarrollo de los Bicentenarios. No hay que olvidar que estos eventos fueron pensados desde las metrópolis, hecho que los alejaba aún más del concepto de fiesta. Podríamos aventurar que el sentido dado a la Latinoamérica contemporánea iba en esta dirección. Nos referimos a la relevancia otorgada al lugar de los pueblos originarios por parte de los diversos proyectos políticos nacionales, que extienden el pasado más allá de los procesos de independencia celebrados. Pero también a la importancia provista al sentido político de la conformación de nuestro continente, que parece construirse a distancia de cualquier acto festivo –resulta interesante que en Ecuador, el Bicentenario fue prácticamente invisible, apenas reconocible en obras, como el nuevo aeropuerto–. Para algunos países tenía más sentido utilizar esta fecha como dispositivo de debate sobre las identidades, mientras que para otros ni siquiera parecía servir para ello.

Tal vez por lo antedicho, el Bicentenario desarrollado en Buenos Aires se convirtió en una celebración diferente. Con elementos semejantes a los utilizados en otros países –como fuegos artificiales, desfiles, video mapping–, desde aquí no solo se logró forjar un relato público, sino también dar

lugar a la fiesta en un parangón con las primeras festividades mayas. Y con ello incluso se consiguió comenzar a discutir las razones para conmemorar o festejar en esta sociedad, descargar de irreflexividad el lugar de lo festivo y, lo más importante, producir espacios complejos de apropiación social.

Publicada en TODAVÍA N° 30. Noviembre de 2013